

## LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.

## CANTO I.

## I.

Era una noche destemplada y triste  
Del invierno aterido. Lentamente  
La nieve silenciosa descendiendo  
Del alto cielo en abudantes copos,  
Como sudario fúnebre cubría  
La amortecida tierra. Cierzo helado  
Azotaba los árboles desnudos  
De verde pompa, pero no de escarcha,  
Y, conmovidos por el recio choque,  
Parecían lanzar en los tinieblas  
Los duros troncos, lastimeros ayes.

## II.

La ciudad descansaba. De repente  
Turbó su sueño el lúgubre tañido  
De la campana, que con voz sonora  
Desde la torre á la oración llamando,  
En sus vibrantes notas contenía  
Todo el siniestro horror de aquella noche,  
Negra y glacial como el ingrato olvido  
De la mujer amada.

## III.

Era la hora  
De los maitines en el viejo templo  
De Padres Agustinos. Taciturnos.  
Y soñolientos, la capucha vuelta  
Sobre la faz rugosa, y con los brazos  
En las flotantes mangas escondidos,  
Por el gótico claustro del convento  
Los frailes avanzaban hácia el coro.  
Las moribundas lámparas que ardían

De trecho en trecho, el claustro iluminaban  
Con esa claridad tibia y confusa,  
Más espantable que la misma sombra,  
Y allá lejos, muy lejos, en el punto  
Do se perdían sus inciertos rayos,  
—Como en el lapso, perceptible apenas,  
En que la luz crepuscular se extingue  
Y cede el paso á las nocturnas horas—  
Próximo al muro, tosco crucifijo  
De colosal tamaño descollaba,  
Despertando en el alma esos terrores  
Vanos, pero invencibles, que el silencio  
Forja en la oscura soledad.

## IV.

El claustro  
Quedó poco después desierto y mudo,  
Y entonces un humilde religioso  
De su celda salió. Cual si cediese  
A irresistible impulso, ante la imagen  
Del Santo Redentor, que en la penumbra  
Sus enclavados brazos extendía.  
Con sorda agitación cayó de hinojos;  
Ronco gemido levantó su pecho,  
Como levanta las dormidas olas  
Del mar la tempestad; copioso llanto  
Rodó por sus mejillas descarnadas,  
Y reclinando en marmórea piedra  
Su demacrado rostro, oró un momento.

## V.

El preludeo del órgano, inseguro,  
Débil y torpe cual la voz del niño  
Que la palabra indómita balbuce,  
Súbitamente interrumpió el reposo  
Del sagrado retiro, y la profunda  
Contemplación del afligido hermano.  
Sacudió la cabeza cual sacude  
El caminante su nevada capa  
Cuando al hogar hospitalario llega,  
Y arrojando de sí los pertinaces  
Recuerdos, suspiró, besó contrito  
La helada losa, y penetra en el coro.



## VI.

El faltaba no más. Saludó el ara  
 Con fe devota, y ocupó su asiento  
 En la esbelta y tallada sillería  
 Donde esculpíó la primorosa mano  
 De hábil artista el trágico poema  
 De nuestra santa Redención. La roja  
 Y amortiguada llama de los cirios,  
 Que junto al facistol se consumían  
 Con áspero y tenaz chisporroteo  
 Alumbrada la augusta ceremonia.  
 El órgano hasta entonces vacilante,  
 Rompió, como ruidosa catarata,  
 En raudales de mística armonía,  
 Y cual aves que salen de sus nidos  
 Al llamarlas el sol, ágiles notas  
 En tropel la alta bóveda inundaron,  
 Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.  
 Después el rezo comenzó.

## VII.

¿Quién oye  
 Sin alterarse, el recogido acento,  
 El unísono cántico que elevan  
 A Dios las almas puras, olvidadas  
 Del mundo y de sus locas vanidades?  
 ¿Quién no siente de lágrimas henchidos  
 Los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece  
 Cuando en la nave colosal retumba  
 Con la terrible majestad del trueno,  
 Ese coro magnífico y sublime,  
 Mitad imprecación, mitad sollozo,  
 En que parece que palpita y llora  
 Abrazado el dolor á la esperanza,  
 Como un esposo al cuerpo inanimado  
 De la mujer á quien amó rendido!

## VIII.

Los salmos de David son como el viento,  
 Que apacible y sutil el campo orea,  
 Grana la mies, y en melodiosas arpas  
 Los corpulentos árboles convierte.

Mas luego fiero y desatado troncha  
 Los más robustos troncos, las campiñas  
 Y los poblados tala, hincha los mares  
 Revolviendo las olas, y el espacio  
 Con sus bramidos espantosos llena.  
 También el canto del salterio enjuga  
 El Horro acerbo, vierte en las heridas  
 Consoladores bálsamos, conforta  
 Al débil, de vigor al oprimido,  
 Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla  
 En sus tremendas notas el enojo!  
 ¡Ay, si el céfiro blando se trasforma  
 En huracán desenfrenado! Entonces  
 Abate á los soberbios, aniquila  
 La maldad orgullosa, y hasta avienta  
 El olvidado polvo de las tumbas.  
 ¡Oh canto de piedad y de castigo!  
 Por tus sacros versículos parece  
 Como que escucha el ánimo suspenso  
 Rodar todo el estrépito del mundo:  
 Tronos que se desploman, muchedumbres  
 Que arrastra la pasión, sordo rugido  
 De la plebe sin Dios desesperadas  
 Blasfemias, estertores de la muerte  
 Todo en el arpa del Profeta vibra.  
 —Es como el mar la humanidad: ni calla  
 Ni se detiene. En su perpetuo curso  
 Cada generación lanza su queja,  
 Como cada ola su rumor. Furioso  
 El vértigo del tiempo la arrebata  
 Y clama sin cesar de siglo en siglo:  
 —¡Misericordia. oh Dios, Misericordia!  
 ¿Concentran, ¡ay! los inspirados salmos  
 Tan perdurable afán?

## IX.

Con impaciente  
 Celo, como quien busca en la plegaria  
 Fuerza para domar las tempestades  
 Del oprimido corazón, el monje  
 Recién llegado al religioso coro  
 Unió su voz entrecortada y dura.  
 Los que gemís en las mortales noches  
 De prolongado insomnio, en que vacila



La fe, se ofusca la razón, y pliega  
 La esperanza sus alas, como el ave  
 Ya próxima á espirar; los que del fondo  
 Del pensamiento, en tan horribles horas,  
 Sentís nacer la alborotada idea,  
 Grande como Luzbel, como él impía  
 Tentadora y rebelde; los que en lucha  
 Tenaz con la conciencia amedrentada,  
 Veis lentamente oscurecerse el cielo  
 Y pasar en revuelto torbellino  
 Las ilusiones y creencias, una  
 Tras otra, cual las chispas fugitivas  
 De ardiente hierro sometido al yunque;  
 Vosotros, ay! en el medroso acento  
 Y en el fervor acongojado y hondo  
 Con que el misero fraile á Dios llamaba,  
 Sentido hubiérais palpitar la duda,  
 La duda insana, la ansiedad suprema  
 Del naufrago infeliz que, arrebatado  
 Por las rugientes y encrespadas olas,  
 Mira á lo lejos la risueña playa,  
 Insensible á su mal. — Mas de improviso  
 Calló fijando los turbados ojos  
 En el gótico altar, que en lo profundo  
 Del templo opacamente aparecía.  
 Y creyó ver que en la desierta nave  
 Como negro vapor se condensaban  
 Las palabras del salmo, los acordes  
 Armoniosos del órgano, su misma  
 Voz, de zozobras llena, y hasta el eco  
 Que resonaba en los macizos muros.  
 Los bíblicos lamentos, los dolientes  
 Ayes y los versículos sublimes  
 Que del coro monástico surgían,  
 Dijérase que en raudas espirales  
 Iban á hundirse en lo profusa niebla  
 Espesándola más. Luégo del seno  
 De aquella masa lóbrega, conjunto  
 De quejas, y suspiros, y clamores  
 En concertado són, cada gemido  
 Cada plegaria, cada voz, cobrando  
 Sér, cuerpo y expresión de un pensamiento,  
 De una muerta memoria ó de una pena,  
 En mezcla tumultuosa á la mirada  
 Del aturdido fraile se mostraron.

## X.

Poblóse la ancha bóveda de informes  
 Y fantásticos séres, que en horrenda,  
 Vertiginosa danza, en incesante  
 Giro, en continuo movimiento, como  
 Nocturnas aves por el aire vago  
 Agitaban sus alas no sentidas.  
 Las recónditas ansias, las pasiones  
 Dormidas, los recuerdos importunos,  
 Que hasta del claustro en el retiro humilde  
 Rompen la paz de la existencia humana,  
 En la insondable sombra revivieron;  
 Y cuantos vicios escondidos yacen  
 En lo oscuro del alma, allí en confuso  
 Turbió, tomando caprichosas formas,  
 Cruzaban cual relámpagos. La gula,  
 La codicia, el rencor, la hipocresía,  
 Larvas de humano rostro serpeaban  
 Con cárdeno fulgor en las tinieblas.  
 Y la pálida envidia, el vil recelo,  
 La iracunda ambición, el hondo hastío,  
 Monstruos disformes de aceradas garras,  
 Avidas fauces y órbitas de lumbre,  
 Con inquieto furor se retocián.  
 Como indeciso rayo de la luna  
 En tormentosa noche, contrastando  
 Con las visiones lívidas, que el miedo,  
 Las pasión despechada, acaso el crimen  
 En la espantosa soledad engendran  
 La fe sencilla y crédula que busca  
 Su patria celestial, de luz vestida,  
 Los tenebrosos ámbitos surcaba.  
 Allí la voz en que el amor profano  
 Se revuelve ignorado y contenido,  
 Como el fuego volcánico en las duras  
 Entrañas de la tierra, revestía  
 Callardas formas de mujer. ¡Cuán fácil  
 Mostrábase al amor, desnudo el seno  
 Y palpitante, la febril mirada  
 Incitando al placer, y la entreabierta  
 Boca ofreciendo al corazón lascivo  
 Un ósculo sin fin como el deseo!  
 Desgreñadas orgías, imposibles  
 Sueños de la abstinencia, abrumadores



Votos de castidad que en las vigili-  
 Del claustro brindan en dorada copa  
 A la sed de las almas hiel hirviendo,  
 Con satánica burla le acosaban.  
 Allí la pena, y el amor, y el odio  
 Lloraban en silencio; allí la culpa  
 Se destrozaba el oprimido pecho.  
 El gesto y la expresión de aquella hueste  
 De siniestras visiones daba espanto:  
 Lleno estaba el espacio de sollozos  
 Que se quebraban sin sonar; ni un grito,  
 Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable  
 Y fantástica ronda interrumpían.

## XI.

El fraile, jadeante y confundido  
 Cual si tomara en la incesante rueda  
 Parte activa también, la deslumbrada  
 Vista alejó de la imponente nave,  
 Clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca  
 Hiciera tal. Horripilante cuadro,  
 Que heló su sangre, y de sudor de muerte  
 Cubrió sus miembros rígidos, de pronto  
 Hirió su trastornada fantasía.  
 Fríos y descarnados esqueletos  
 Recién salidos de sus tumbas, mudos,  
 Inmóviles y absortos; con los brazos  
 Tendidos, en la iglesia se agolpaban  
 De espaldas al altar, mirando al coro,  
 Y animaba sus mustias calaveras  
 Mueca infernal, incomprensible, oscura  
 ¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto  
 Era de escarnio ó de dolor? Vedado  
 Está el misterio á la razón del hombre.  
 ¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie  
 Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.  
 ¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?  
 ¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—  
 ¡Esto es el mundo! El vértigo en su altura;  
 Abajo, la bullente podredumbre,  
 Y en el altar, la sombra.

## XII.

Ante el medroso  
 Hormiguero de espectros, que ofuscaba

Su juicio y su conciencia, con lamento  
 Desesperado y penetrante, el monje  
 Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto  
 De las tinieblas virginal figura,  
 Hermosa y fulgurante, pero triste.  
 Larga, enlutada túnica cubría  
 Sus púdicos contornos, cual celaje  
 Que vela el blanco disco de la luna  
 Sin amenguar su resplandor; sus ojos  
 No lanzaban las ráfagas de fuego  
 Que en la núbil pupila amor enciende,  
 Pero brillaban transparentes, puros,  
 Como los astros en tranquila noche  
 De caluroso estío; su ondulante  
 Y negra cabellera, en destrenzadas  
 Hebras por la ancha espalda descendiendo  
 Con doble encanto resaltar hacia  
 La grave y melancólica hermosura  
 De la celeste aparición envuelta  
 En una claridad como de aurora.  
 Pintábase en su faz meditabunda  
 Y pálida el dolor; ese infinito  
 Dolor que azora el corazón humano  
 Cuando busca y no encuentra, cuando mira  
 Y no ve, cuando lucha y desfallece.

## XIII.

Cruzando leve el círculo movible  
 De seres impalpables, que llenaban  
 La bóveda espaciosa, la serena  
 Visión, rompiendo el aire, entró en el coro  
 Y en el respaldo del sitial labrado  
 En que convulso el fraile padecía  
 Tan tremendas angustias, silenciosa  
 Apoyó dulcemente el blando seno.  
 Vióla el monje llegar, cerró los ojos,  
 Y al través de los párpados, más viva  
 La imagen percibió; sintió unos brazos  
 Que le estrechaban afanosos; luego  
 Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo  
 Le helaba el corazón y le encendía  
 La mente; luego penetróle el alma  
 Una voz regalada y cadenciosa,  
 Como suspiro de amorosa virgen;  
 Voz que, temblando, le decía:—Deja

UNIVERSIDAD DE MENDOZA  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1975



Que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo  
Podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado  
Y ya eres mío, ¡para siempre mío!—

## XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces  
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*  
Solemne y grave, el templo estremecía,  
Y la vision radiante á cada salmo  
Contenstaba con otro, cual contestan  
El eco al grito y el dolor al golpe.

## CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado  
El varón que se humilla  
Y no escucha el consejo del malvado,  
ni en la manchada silla  
De ciegos burladores se ha sentado.

## LA VISIÓN.

Si en seguirme consientes,  
Pide, y mi amor te colmará fecundó  
De dones y presentes;  
Tuyos serán los términos del mundo  
Y te daré por heredad las gentes

## CORO DE FRAILE.

Párate, que resbalias;  
La tentación desprecia  
Y huye de falsas y mentidas galas;  
Que si el peligro arreeia,  
Te esconderá en la sombra de mis aras,

## LA VISIÓN.

¿Vacilas? Ten aliento,  
Y no el torpe recelo te confunda,  
Eleva el pensamiento,  
Y libre como el pájaro en el viento,  
Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso  
Por ocultos deseos, hasta entonces  
Nunca sentidos, y que el leve acento  
De la vision en su interior movía,  
Volvióso el fraile, y preguntó azorado:

—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras  
Mi oración y mi paz?—¿No me conoces?—  
Le respondió, atrayéndole afanosa:  
—Yo soy, mírame bien, algo que vive  
Y algo que ha muerto en ti. Soy una llama  
Que surge de improviso en el abismo  
De tu inquieta razón. ¡Yo soy la dudai—  
Al oír esto, irguióse el sacerdote,  
Y acometido de mortal desmayo,  
Quiso escapar de allí, mas vino a tierra  
Como la encina rota por el rayo.

## CANTO II.

## I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,  
El cuerpo de su hermano recoglan  
Livido, mustio, cual si el soplo helado  
De la implacable muerte hubiese roto  
Su frágil existencia, el alma libre  
Abandonaba su prisión oscura  
Breves instantes nada más, y asida  
A la flotante túnica enlutada  
De la hermosa vision, llena de asombro  
Se preparaba á levantar el vuelo,

## II.

Del mismo modo que el metal fundido  
Recibe y guarda la impresión del molde  
Que inflamado y rugiente le contuvo,  
El alma incorruptible conservaba  
La forma corporal, y como el rayo  
De luz, que aún flota en la infinita esfera  
Después de extinto el astro esplendoroso  
De cuyo seno se escapó, la imagen  
Del sér, al mismo sér sobrevivía.

## III.

Obedeciendo á superior impulso  
Como la débil hoja que arrebatá  
Aura otoñal y el remolino lleva,  
Apartóse del cuerpo inanimado



Do refugiada estuvo, que en el coro  
Inerte y cadavérico yacia;  
No sin fijar en él tierna mirada  
De lástima y amor.

## IV.

Hasta el cautivo  
Llega á cobrar cariño á la cadena  
Que le sujeta el pié, si al duro peso  
Le acostumbran los años: hasta el ave  
Que encarcelada y entre hierros vive,  
Cuando quebranta su prisión, la llora,  
Y sola, triste, sin amor, sin nido,  
Lamenta, agonizando, en la espesura  
Su inútil libertad. ¿Cómo podría  
El alma desterrada, cuando vuelve  
A su patria inmortal, dejar gozosa  
Al compañero humilde que en la tierra  
Prestóle amparo y le ofreció un asilo?  
El compartió con la infeliz proscrita  
Su pobre lecho, el único que pudo  
Cederla en su miseria, el escaso  
Pan de sus breves alegrías; siempre  
Sumiso y dócil le brindó sus ojos  
Para llorar, para sentir sus nervios,  
Para pensar su mente, y su palabra.  
Y su sangre, y su acción; sin él la idea,  
Como Titán paralizado, nunca  
El monte que la agobia rompería:  
Fuera un impulso sin objeto, un rayo  
Del sol ahogado por la noche, un mundo  
En el seno del caos. Cuando le alienta  
Del entusiasmo ó de la fe la llama,  
Combate sin cesar, y si es forzoso  
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.  
Por él tiene su mártires la augusta  
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,  
La caridad sus héroes, y el crimen  
Sus terrores profundos; él se arroja  
Sin temor, convencido ó resignado,  
A las fieras del Circo, á las borrascas  
Del mar, á las angustias de la vida  
Y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil  
Y deleznable arcilla donde mora  
El alma contenida, mas no esclava!

¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo  
Dios, que te honró cubriendo su grandeza  
Con tu envoltura material, no pudo  
Separarse de ti sin hondo duelo.

## V.

Por la Visión doliente conducido  
El temeroso espíritu del fraile  
Sureó el espacio lóbrego y callado;  
Pero en la densa oscuridad sus ojos  
Incorpóreos veían, y el silencio  
Para él tenía incomprensibles voces.  
Descubrió de repente abrupta roca,  
Cuyo invisible arranque parecía  
Surgir de las entrañas del infierno,  
Y cuya cima inaccesible envuelta  
En sosegado piélago de lumbre,  
Ni el águila, que mira de hito en hito  
Del sol la intensa luz, resistiría.  
El principio y el fin del escabroso  
Y aislado risco á la razón humana  
Le está vedado conocer; ocultan  
Las tinieblas más horridas su base,  
Y defiende su cumbre el increado  
Resplandor que despide, siempre vivo.  
Con lenta gradación iba creciendo,  
Segun subía en espiral, la llama  
Profusa de la cúspide sublime  
Sus ásperos contornos escondía,  
Hasta llegar á ser, como la sombra,  
Más que la misma sombra, impenetrable  
La corona de fuego de la altura.

## VI.

El alma y la visión su rauda vuelo  
Abatieron, posándose en la cresta  
De cortadura ingente, que rasgando  
La roca escarpadísima, llegaba  
Desde los lindes de la luz difusa  
A los grados más ténues de la sombra  
Y allí de pié sobre la peña escueta  
Inmóviles se alzaban, como grupo  
Escultural sobre columna enorme,  
Cuando la tarde, al espirar, confunde  
Las formas y el color.